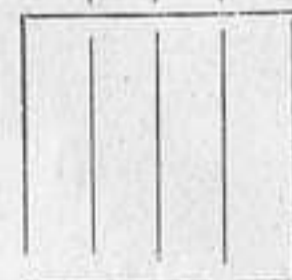
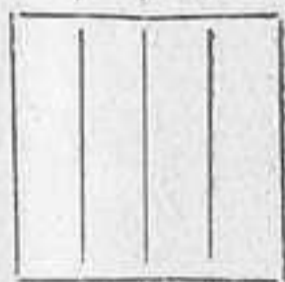
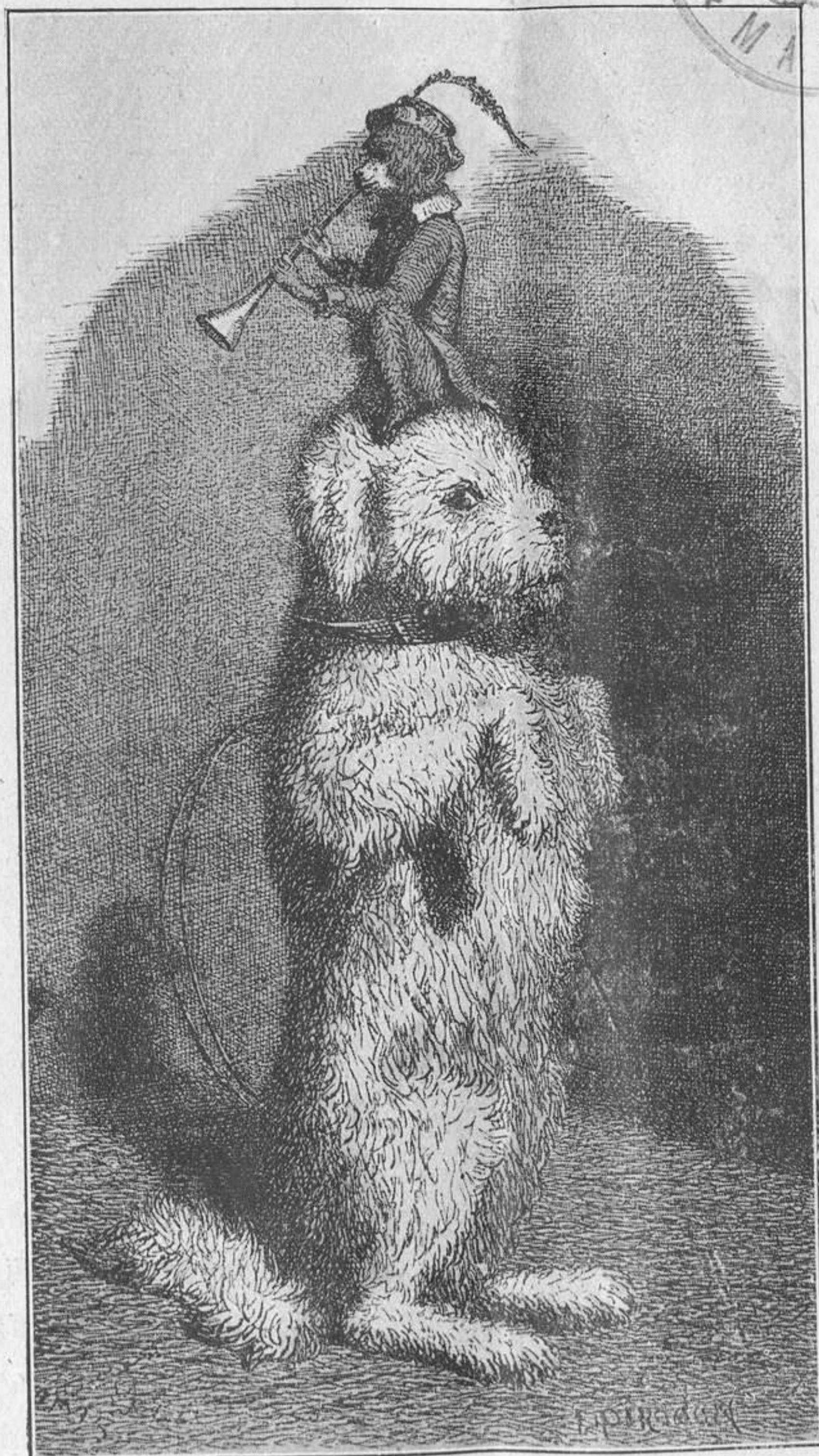


EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 31 DE JULIO DE 1932

NÚMERO 31.



Cómo Carlitos por fin pudo ver el circo

Carlitos estaba sentado delante de su casa, muy triste. El día antes un gran circo había venido a la ciudad, y había levantado sus tiendas en un campo, casi frente a su casa. Pero Carlitos no podía ir; no tenía dinero y su madre era muy pobre.

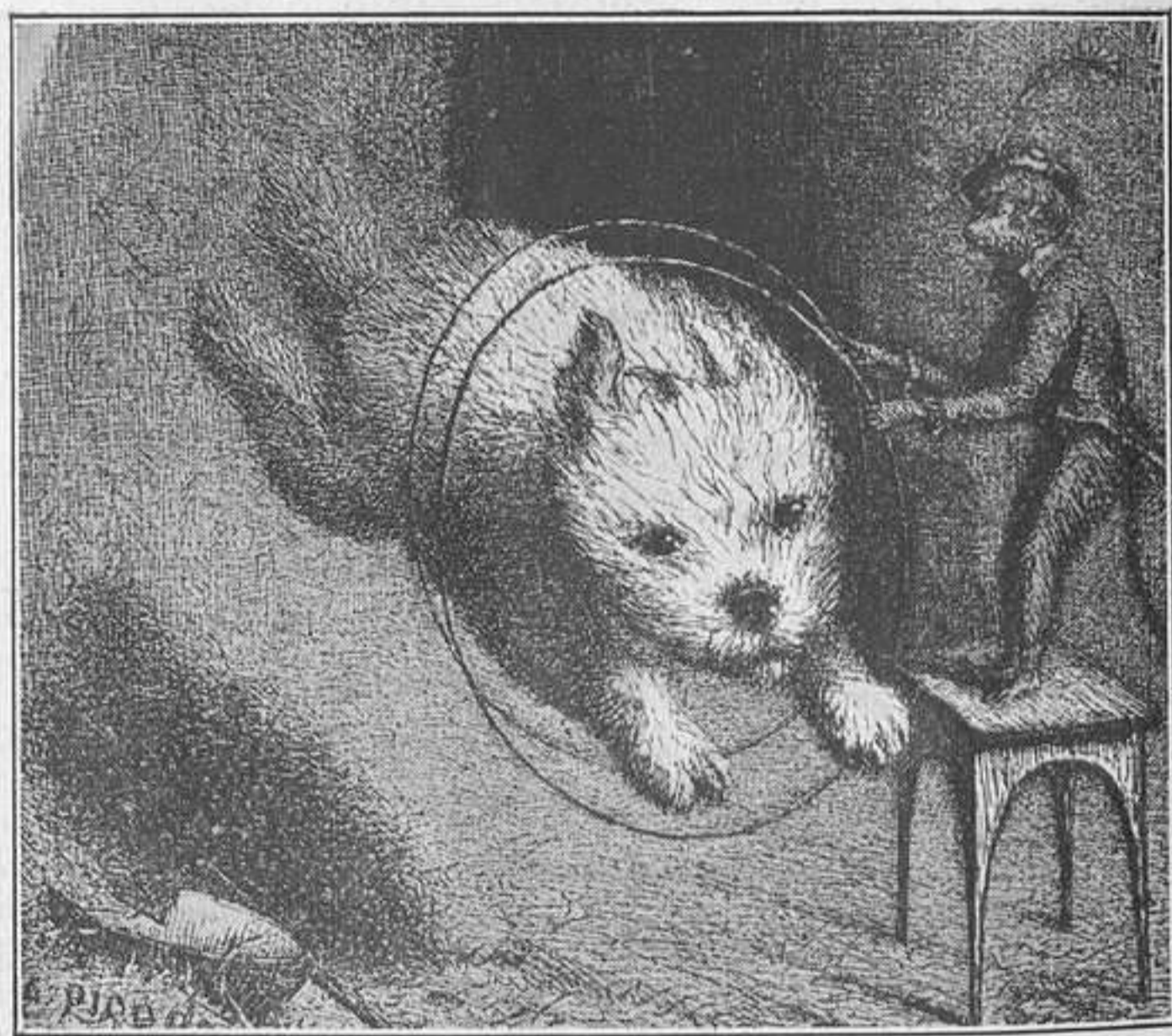
Siempre que le ocurría algo, se sentaba en los peldaños de la escalera. Era un sitio fresco, a la sombra; la casita estaba algo retirada de la carretera; a un lado se extendía una tapia alta de ladrillos hacia otro camino, y por el otro un arbolito movía sus hojas en cuanto se levantaba un poco de aire. Por eso le gustaba aquel escalón, y algunas veces estaba sentado allí hasta unos diez minutos, un rato muy largo para él porque era un muchacho muy vivo.

Pero esta mañana se quedó cinco, diez, hasta veinte minutos lo menos, pensando y meditando profundamente. Había dado la vuelta al campo donde estaba el circo, y los anuncios tan llamativos y los ruidos tan raros que salían de la tienda, le habían hecho sospechar que allá dentro pasaban cosas tan maravillosas como nunca en la vida las había oído y visto. Pero ¿cómo meterse dentro? ¡Esto era el gran problema! Todo lo que puede un chico inventar para conseguir ver una función, le pasaba por su cerebro.

Cogiendo la cabeza entre sus dos manos, los brazos apoyados en las rodillas, así estaba sentado allí, y si hubiera sido chica hubiera llorado. Por un momento parecía como que se hu-

biese quitado unas lágrimas de las mejillas, pero *no*, era *chico*; debía haber sido una mosca que le molestaba. Pero no levantaba la vista. Toda la tropa del circo podía haber pasado por allí—menos la banda de música—, él no los hubiera mirado. Pero, ¡cosa más rara!, cuando al fin miró, ¡allí estaba el circo, a lo menos parte de él!

Venía por la carretera una comitiva muy extraña: un gran perro de lanas, con un pequeño mono negro marchando juntos, y detrás de ellos una cuadrilla de muchachos. Y lo que era más raro aún, el mono llevaba un pequeño gabán, y estaba tocado de un pequeño



sombrero de pluma. Llevaba una trompeta y dos aros ligeros, mientras el perro traía en la boca un pequeño taburete. Lo que más le sorprendió era que perro, mono y chico entraban por la puerta del patio sin fijarse siquiera en Carlitos. Sin decirle “con su permiso”, iban derechos a un sitio libre, cerca de la tapia, y empezaban a dar una fun-

ción, allí mismo en el patio de Carlitos.

Carlitos apenas se fiaba de sus ojos,



pero ya no permaneció sentado en su escalón. Se mezcló entre los otros muchachos y observaba lo que iba a pasar.

Primero el perro colocó el taburete en el suelo, el mono soltó los aros y los apoyó contra la pared. Después el perro se puso de manos, el mono se sentó encima de su cabeza y empezó a tocar la trompeta. Cuando el mono hubo tocado la trompeta un buen rato, saltó a tierra, y se subió al taburete, cogiendo los dos aros para que el perro saltara a través de ellos. El perro se alejó un poquito, tomó carrerilla y saltó de una vez por los dos aros. Carlitos y los demás muchachos al ver esto, aplaudieron a rabiar y gritaron llenos de alegría.

Luego el mono sacó de su pequeño bolsillo una cuerda, y la puso en la boca del perro a modo de riendas; des-

pués montó encima del perro, corriendo con él, dando vueltas por el patio. Los chicos reían al ver correr el perro con el mono encima, como si fueran caballo y jinete, y cuando el perro saltó de pronto encima de una cuba, que estaba en el patio, y se quedó allí inmóvil como una estatua, casi reventaron de risa.

El perro pronto bajó del tonél, y el mono se apeó. Ahora el mono se sentó en el taburete y empezó a tocar otra vez, y el perro, puesto de manos, comenzó a bailar al son de la música. Esto es lo que más les gustaba a los chicos. Tu, tu, tu, sonaba la trompeta, y brinca y salta y brinca y salta, patio arriba patio abajo, moviendo la cabeza de un lado a otro como hace la gente al bailar, así lo hacía nuestro perrito.



Todas estas piruetas divertían mucho a los chicos, pero por fin el mono se es-

tableció en su taburete y el perro se tumbó a su lado en el suelo.

Pero estos chiquillos malos ahora no querían que descansasen. Empezaron a molestar al mono para que hiciera más monerías, le tiraban piedrecitas y pinchaban al perro con un palo largo, gritándole: "Otra vez, otra vez".

Carlitos se enfadó, empujando a los muchachos para que se fuesen; pero ellos no querían marcharse.

"El perro y el mono no son tuyos", le decían.

"Pero están en mi patio", contestó Carlitos.

"Nosotros nos los llevaremos", replicaron los otros. Pero ahora los dientes blancos del perro, claramente decían que no. Y Carlitos repuso: "No, vosotros sólo les vais a fastidiar. Yo me cuidaré de ellos".

En este mismo instante un hombre que venía de prisa, se asomó por encima de la valla, y luego entró por la puerta. En seguida el perro y el mono corrieron a su encuentro, saltando y brincando alrededor de él. "Ya veis que son míos", dijo a Carlitos; "se escaparon de la tienda hace un rato, cuando yo no estaba, pero he oído lo que has dicho, que tú querías cuidar de ellos y te lo agradezco mucho. Y ahora si quieres ver lo que pueden hacer los dos al son de la música, ven a la función de esta tarde. Aquí tienes dos entradas".

"¡Ay, qué bien!" exclamó Carlitos, "una para mí y otra para mi madre".

Y así sucedió, que Carlitos primero vió parte de la función, y después toda ella.

V A R I E D A D E S

Las bromitas que nos gastan los números

Escribid una cantidad de tres cifras, cuya cifra primera sea mayor que la última.

Para mayor claridad, la escribiremos nosotros, dando así el problema resuelto.

¿Os hace 743? ¿Preferís 491 ó 922? La que queráis. Sólo, ya digo, es necesario que la primera cifra sea mayor que la última.

Tomemos la segunda, o sea 491; invirtamos sus términos de este modo, haciendo una resta después:

$$\begin{array}{r} 491 \\ - 194 \\ \hline 297 \end{array}$$

Invirtamos también esta cifra, y tenemos ahora:

$$\begin{array}{r} 297 + \\ 792 \\ \hline 1.089 \end{array}$$

¿Véis la cifra obtenida, 1.089? Pues es la que conseguiréis siempre que hagáis esta operación con una cantidad de tres cifras, sea lo que sea, sin olvidar que la primera cifra sea mayor que la última.

Haced la prueba y veréis cómo tenéis siempre el mismo resultado.

No es hombre de bien aquél de quien no maldice algún bribón.

* * *

El que no encuentra la alegría dentro de su casa, ¿dónde la irá a buscar?